



**Cuaderno
de bitácora**

Si un día me olvidaras

por Raúl Hernández Garrido (Premio Born de Teatro 2000)

La escritura de *Si un día me olvidaras* arranca en 1998, en el momento en que Carlos Rodríguez, tras haber dirigido dos textos míos breves integrados en las obras del Astillero Rotos y Fotos, me propone escribir una nueva obra continuando rasgos de estilo de algunos textos míos anteriores: cóctel de mitos, tragedia y vanguardia. Textos que, aunque sí editados, curiosamente en ese momento seguían sin estrenarse. Por qué no tomó uno de esos textos, si tanto le gustaban, y lo puso en escena sin tener que encargarme la escritura de un texto nuevo es algo que no llego a comprender. Y más cuando yo entonces quería romper con todo lo que había escrito hasta ese momento y arriesgarlo todo para escribir una comedia. Pero en fin, así son los directores, así son las cosas.

Cuando Carlos me manifestó su interés por el personaje de Pílates, disimulé con una sonrisa mi ignorancia, hasta que no pude más y le pregunté que quién era ese señor. Él, extrañado, me contestó que el compañero de Orestes en sus hazañas, ese personaje que como una sombra sigue y secunda al héroe alentando todos sus actos. “Ah, uno que nunca habla, ¿no?”, respondí, intentando a un tiempo rebuscar en mi memoria y aparentar algún jirón de conocimiento.

Efectivamente, parco en palabras es Pílates. Pero sus intenciones son siempre muy claras: tajo a la garganta y hacia atrás. Si en Sófocles calla y apoya a Orestes, en Esquilo sólo habla para decir esta barbaridad:

ORESTES: Oh Pílates, ¿qué hacer? ¡Ella es mi madre!
¿No me atreveré a matarla?

PÍLATES: Pero entonces, ¿qué será del oráculo de Loxias en Delfos proclamado? ¿Y qué del santo juramento? Mejor tener enfrente a todo el mundo que a los dioses, cree.

Es en Eurípides donde Pílates y su relación con Orestes alcanza su máximo desarrollo, hasta formar casi una saga, un auténtico Ciclo de la Sangre que se inicia en Electra, sigue en Orestes (donde con la sangre aparece la voz de Pílates), continúa con la alegre masacre de Elena a manos de estos tres adolescentes sanguinarios y se cierra con el dilema que Ifigenia entre los Tauros les plantea a la simpática pareja: inmolar la vida de uno por la de otro, o la de Orestes o la de Pílates. Desde luego, los hechos tremendos de los tantálidas parecían ser costumbre familiar.

Una reflexión sobre la función de ese personaje. Pílates es elegido por Orestes para ser el marido de Electra, quizá porque un ser tan sanguinario como la joven matricida sólo podía ser controlado con un ser tan implacable como Pílates. Y también quizá porque, como el final de la historia de una heroína exige o boda o muerte, y lo lógico sería que Orestes y Electra, como pareja cómplice de tan tremendos

crímenes, acabaran siendo matrimonio, tendríamos que la historia finalizaría con un maravilloso incesto. Por eso la Mitología se inventó a Pílates, primo de ambos y compañero de niñez en el exilio de Orestes, para lograr la unión legal de ese trío maléfico: Electra, Orestes, Pílates.

Y ya puestos, en la relación Pílates-Orestes, nos queda el silencio activo de Pílates, unido a la extraña firmeza de su determinación a la venganza, superior incluso que la del afectado por la maldad de Clitemnestra, la del mismo Orestes. Todo esto nos puede inducir a pensar que, dado que hace tanto tiempo que Electra no ha visto a Orestes, ¿por qué vamos a creer que éste es el que es, y no pudiera serlo su extraño acompañante? ¿Y si Orestes fuera Pílates, y Pílates realmente fuera el hijo de Agamenón, que va a vengar en su madre la muerte de su padre?

Esto es por lo que al mito se refiere. Repito que yo estaba saturado de tanto mito. Había abordado a Agamenón/Electra-Ifigenia por una parte y a Fedra-Hipólito por otra en Los Restos, más allá del apoyo que habitualmente nos da a los hacedores de historias un corpus narrativo tan completo como la mitología, cualquier mitología. (También había acudido a las Eddas nórdicas en un guión llamado, claro está, Saga.) Y ahora, volver a Electra, Orestes, Pílates. Sin embargo, el mito para mí no es algo para calcar, ni siquiera un patrón, un esquema, sino un punto de encuentro del hombre con sus problemas de todos los días con algo que le cuestiona en todos los sentidos. Una búsqueda de respuestas que es lo que quiere alentar la mitología.

Creo que de lo más individual se alcanza lo más universal, nunca al contrario. Es de ilusos buscar grandes temas. Lo importante son pequeños seres que en la lucha por aquello que quieren plantean y arriesgan no sólo su vida, sino todo. Lo importante del mito es el hombre.

Y en ese momento, un mito se formulaba trágicamente en Argentina. Se reabrían los casos de torturas y desaparecidos en la dictadura de los generales, aprovechando los testimonios y evidencias de hijos de víctimas, detenidos con sus padres o incluso nacidos en prisión, para ser luego robados “en adopción” por los mismos torturadores. Y entre esos casos, el de la familia de Norberto Atilio Bianco, que fue implacable Mayor médico encargado en el Campo de Concentración del Hospital Militar de Campo de Mayo. El matrimonio Bianco, sospechoso de haberse apropiado de dos niños, huyó al Paraguay en el 86. Allí fueron reclamados por la justicia argentina y perseguidos de forma implacable por las Abuelas de la Plaza de Mayo. Los niños Bianco, supuestos hijos de desaparecidos, contrayeron, o fueron obligados a contraer, sendos matrimonios a una edad muy temprana para dificultar la acción de la justicia.

Pero aún así, lo más tremendo fue la petición desesperada de esos supuestos hijos ante las cámaras de televisión, llorando y suplicando para que les dejaran con su pasado conocido y sus padres, negándose a saber más sobre cuál podría ser su auténtico origen.

En los hijos de los desaparecidos vivían con sus contradicciones Electra, Pílates, Orestes.

El resto es ir al encuentro de los personajes. Buscar su verdad, en principio desde la oscuridad angustiosa del autor ante la pantalla en blanco del ordenador (una oscuridad que

atravesó más de cien páginas de reflexiones y pruebas), hasta ese momento mágico en que los personajes se alzan y sus intenciones les mueven en su intensa, peculiar vida. Tres años de trabajo en el que, como siempre me planteo, debía luchar contra lo artificioso y para intentar llegar a una concepción de la escena cuyo objetivo es plantear el Misterio, lo No, esa fuerza que nos traspasa cuando el texto sobrepasa lo racional para resonar en el inconsciente. O dicho de otra forma, sintamos una iluminación, catarsis, epifanía o como quieran ustedes llamarlo. En que se llegue a cierta Experiencia. ■

Si un día me olvidaras [fragmentos]

ANTESALA

(Dos hombres, en una estación. Las paredes desconchadas, el suelo sucio, aspecto de lugar abandonado desde hace tiempo. Uno de los hombres, tranquilo. Lo podemos llamar Pílates, aunque su nombre auténtico es insignificante. Lee el periódico o, simplemente, las manos en los bolsillos, silba, contempla la escena o dormita.

El otro, nervioso, intranquilo. Sería pretencioso llamarlo Orestes. Fuma, pasea de un sitio para otro, lo alerta cualquier ruido.

La mujer, llamadla Electra, pero también Clitemnestra o Ifigenia. O mejor, llamadla simplemente la mujer, entra en la estación, cargada con dos aparatosas maletas...).

ELECTRA: Me podrían decir si llevan mucho esperando.

Creo que pasa un tren por aquí. Que hoy pasará el tren.

Lo esperan, han venido a esperarlo.

¿No?

Si no, qué harían aquí.

Dónde no llega nadie.

Sus caras me suenan.

¿Fuman? Si quieren... No tengo fuego.

¿No fuman...?

Llevo mucho tiempo viajando, viajando.

Trenes, autobuses, aviones.

Kilómetros y kilómetros, desfilando paisajes a toda velocidad.

No puedo detenerme ahora.

¿Ustedes están de paso?

¿Adónde van?

¿Me quieren responder?

Estoy acostumbrada al desprecio. Su silencio no me hace daño. No me hieren sus miradas.

(La mujer se levanta y mira hacia los hombres. Uno de ellos escupe al suelo. Ella mira a sus pies, al esputo. Lo pisa y lo extiende con la suela del zapato).

He recorrido medio mundo y de aquí no me voy a mover.

PÍLADES: Vámonos.

(Los hombres salen).

ELECTRA: Esto está hecho una pocilga.

(Vuelve a entrar uno de los hombres, Pílates. Se queda frente a la mujer, amenazador. Ella le sostiene la mirada, desafiante).

Sé a lo que has vuelto.

PÍLADES: ¿Cuánto?

ELECTRA: No me vendo.

PÍLADES: ¿Entonces... ?

ELECTRA: Con las manos no.

(El hombre se le echa encima, como un oso, como un gigantesco abrigo que se tragara todo lo que abraza).

(Orestes, encoguido, busca en la oscuridad una salida).

ORESTES: el goteo cayendo un golpeteo contra el suelo cemento allanado noto la humedad a través de la piel y me aparto pero sigo pisando sobre mojado me agacho y me marea el olor tan fuerte mi mano toca algo húmedo encharcando el cemento del suelo me atrevo a guiarme en la oscuridad arriba se oye el aleteo de un ventilador y sigo sin encontrar paredes en este espacio del que no sé cómo salir mis manos buscan las paredes mis manos resbalan no hay paredes sólo oscuridad.

(Los dos hombres esperan de pie al borde del andén).

ORESTES: Se ha ido.

PÍLADES: Eso no quiere decir nada.

ORESTES: Ahora quedamos tú y yo.

PÍLADES: Antes estábamos tú y yo, solos.

ORESTES: ¿Volveremos a verla?

PÍLADES: Nos vamos.

ORESTES: No he preparado equipaje.

PÍLADES: A donde vamos no hace falta equipaje.

(La mujer se remueve en el suelo, un montón de ropa sucia. Suenan las llamadas de los trenes. Los hombres se pierden en una nube de vapor. Al disiparse, Orestes reaparece. La mujer se alza ante él.

Orestes, con educación, la ayuda con las maletas. La mujer le quita las maletas y las deja en el suelo. Se acerca a Orestes y le habla al oído. Este parece no advertir ahora su presencia. La mujer le pasa la mano por encima de los ojos).

Los seres que aquí llamamos Electra, Orestes, Pílates, no se justifican por sus nombres. Son sus angustias, sus deseos, sus temores, lo que les hace vivir, lo que les mantiene en pie. Creo que existen por encima de su supuesto autor, por encima de la referencia a tópicos culturales, a "mitos". Son reales. Yo sólo he plasmado en papel, con mucho respeto, las vidas que ellos sufren.

Orestes nos habla. ¿Seremos capaces de oír el latido de su corazón, sobrecogido por lo que le exige el fantasma?

ORESTES: Da un paso y muéstrate.

Por lo menos, habla.

No me das miedo. Puedo mirarte a la cara. Sal de ahí.

No creas que te será fácil habitar mis pesadillas.

(Ya están demasiado pobladas).

Aunque en lugar de manos el metal te dé garras.

Aunque tu voz tenga el silbido de alas de insectos.

Aunque tu aliento sea dulce y abominable, y en tus ojos reconozca un amor tan grande que comprendo sería capaz de devorarme, de la cabeza a los pies.
Quiero que te vayas.
Quiero que nunca más vuelvas a molestarme.
Desearía que nunca hubieras existido.
Pero ya no podría soportar vivir sin ti.
Sé que arrancaste de vientres condenados —sin ninguna piedad, con la meticulosa crueldad de un buen jardinero— a más de un recién nacido estremecido por el frío, llorando en vano, apartado del calor de su madre, porque a su madre estaba juzgado que todo el calor le iba a ser arrebatado.
Por eso deja mis pesadillas, abandónalas a ese grito desesperado, a ese llanto ignorante porque tú, tu pecado y mi gran culpa ya viven mis días.
Te quiero.

"Hace un año, verano de 2000, logré una primera versión, aunque para mí todavía demasiado deficitaria de lo que el texto debía ser. Tuve la osadía de mandarla a un par de concursos y la desfachatez de ganar uno de tanta importancia como es el Born, otorgado por el Cercle Artistic. En la rueda de prensa de la concesión, dejé a periodistas y organizadores boquiabiertos cuando aseguré que la obra no estaba terminada y esgrimi el manuscrito totalmente lleno de tachones y tinta roja. Ahora, en 2001, puedo considerarla terminada, tras haberla reestructurado y reescrito en parte, acentuando las intenciones de los personajes, lo que quieren en cada momento. El último paso fue la inclusión de testimonios auténticos de desaparecidos, la cita de las ominosas leyes de punto final y de obediencia debida, y el cierre con la nota de prensa que suponía, el 6 de marzo de este mismo año, un nuevo intento por parte de la justicia por borrar la infamia del pasado. La misma fecha en que nació mi hijo. Dios, ¿qué mundo les cederemos a nuestros niños?"

SANTUARIO

(Electra y Orestes han llegado).

ORESTES: Este lugar...

ELECTRA: Este lugar húmedo, sombrío. Este lugar lleno de fantasmas. Este es el lugar del miedo.

ORESTES: Lo reconozco. Me parece oír los gritos, creo ver las camillas sucias de sangre en la que las mujeres agonizan.

ELECTRA: Siempre me sentí atraída por este lugar.

ORESTES: Lo reconozco, aunque nunca he visto algo parecido. Pero aquí reconozco mi miedo.

ELECTRA: Y ahora aquí estamos, pero esta vez no es un sueño.

ORESTES: Cerillas.

ELECTRA: No valdrían de nada.

ORESTES: ¡Cerillas!

ELECTRA: Dame la mano.

ORESTES: ¿Escuchas, un pitido agudo?

ELECTRA: No.

ORESTES: El suelo está encharcado.

ELECTRA: Dame la mano.

Tiemblas.

ORESTES: Aún pienso que...

ELECTRA: Aún piensas en él.

ORESTES: Sí.

ELECTRA: No lo puedes olvidar.



Escena de *Si un día me olvidaras*.

ORESTES: No sé qué hacemos aquí.

No sé cómo hemos llegado hasta aquí.

Sácame de aquí. Tú sabrás cómo.

ELECTRA: Nunca he estado aquí antes.

Sólo se me ocurre avanzar.

ORESTES: Por ahí no.

ELECTRA: No te preocupes. Sólo son ratas.

ORESTES: Creo sentir algo más. Tengo miedo.

ELECTRA: Eso no es raro aquí.

ORESTES: ¡Cerillas!

Esta vez sí que se han acabado.

Es hora de irnos.

ELECTRA: Cada vez me siento mejor.

ORESTES: Debemos salir y volver. Nos esperan.

ELECTRA: Aquí no hay salida.

ORESTES: Si hemos entrado, eso significa que podemos salir.

ELECTRA: Nada significa ya nada.

ORESTES: Ese niño. ¿Dónde está?

ELECTRA: No hay ningún niño.

ORESTES: Lo estoy oyendo.

ELECTRA: Esto está lleno de niños.

ORESTES: Sé donde estamos.

ELECTRA: Estamos dentro de tu cabeza, en tus sueños.

ORESTES: Es la realidad.

ELECTRA: Ya no hay realidad. Sólo tus pesadillas.

ORESTES: Si eso fuera así, aquí no habría lugar para él.

(La puerta se abre y deja paso a PÍLADES, un inmenso abrigo fantasmal).

"La escritura de Si un día me olvidaras arrancó en 1998, en el momento en que Carlos Rodríguez me propuso escribir una obra continuando una forma de escribir que en ese momento yo intentaba romper. Cuando la acabé tras cuatro años de mucho esfuerzo, demasiada angustia y, finalmente, muchísimas satisfacciones, ya no era un "encargo", sino quizá mi obra más personal. Ahora tengo camino despejado para romper con lo que he escrito hasta este momento y arriesgarlo todo escribiendo una comedia. Espero que pronto ustedes la disfruten. Si un día me olvidaras fue estrenado en septiembre en la Sala Cuarta Pared de Madrid. Paralelamente, en Málaga Lone Penderson está preparando una nueva versión escénica. Su texto está editado de forma virtual en Caos Editorial (www.caoseditorial.com). En catalán lo publica Arola Edicions, al mismo tiempo que Primer Acto en su edición de Noviembre lo hace en castellano."